

## El nuevo racionalismo

El racionalismo de la Ilustración francesa es bien conocido, y no me propongo contar de nuevo la historia de la difusión de la filosofía cartesiana, del mecanicismo newtoniano, la prolongada influencia del centenario Fontenelle sobre los intelectuales franceses, los viajes de exploración, el optimismo recién descubierto, ni los familiares panoramas del mundo del hombre que descubría sus propias facultades. Más bien deseo subrayar el lado opuesto de esta revolución, y por algo que al principio parecerá extraño: la reacción *contra* la influencia newtoniana, que es importante para comprender el surgimiento de una ciencia del hombre.

La adaptación racionalista a la decadencia de la cosmología medieval tuvo un defecto importante, que, como veremos, estaba destinado a minarla posteriormente: era *intelectual*, y no estaba apoyada por las necesarias adaptaciones *sociales*. Por ello sufrió en gran parte la misma suerte que las soluciones del idealismo alemán que fue rápidamente eclipsado por las crudas realidades sociales del siglo XIX. Después de todo, el mundo medieval había tenido un considerable apoyo institucional social; pero el nuevo racionalismo de la Ilustración se construyó sobre la continua decadencia de la sociedad organizada, el rápido ritmo de los disturbios sociales y del cambio institucional.

Como veremos donde más agudamente se sintió el problema fue en Francia. Los pensadores de la época se esforzaron por encontrar una nueva unidad para reemplazar a la medieval. El afán del hombre en aquella época era el mismo de siempre: el afán de orden, armonía social y felicidad; pero el racionalismo sólo pareció agravar el problema, o, cuando mucho, sirvió a los intelectuales, y no al resto de la sociedad.

Entre las clases superiores, el nuevo racionalismo a menudo se convirtió en una moda social. Se produjo una devoción por los artefactos científicos, una busca constante de los "secretos" de la naturaleza, dejando atrás los gran-

des problemas de la realidad social cotidiana, exactamente como se hace hoy día. Conflictos de clases y desigualdades continuaron existiendo, y hasta se agudizaron, y el nuevo espíritu científico sirvió para alimentar un nuevo tipo de orgullo cómodo, secular, que agravó estas diferencias sociales e individuales. Lovejoy ha observado el hecho significativo de que los escritores más influyentes e importantes de principios y de mediados de este siglo atacaron el vicio del orgullo y las exageradas pretensiones de la razón (1960b, p. 68). Pensadores de la estatura de Spinoza y de Pascal también trataron el problema del orgullo y consideraron si se podía educar a los niños eficazmente sin subrayar esto (Lovejoy, 1961, p. 241). (Éste es un argumento digno de la interacción contemporánea y la teoría de la identidad, como veremos en la tercera parte de esta obra.)

¿Cuál es el meollo de esta preocupación histórica por el intelectualismo y el orgullo? ¿Por qué los escritores más influyentes y representativos se ocuparon de esto? Probablemente, porque los problemas del orgullo y del intelecto se derivan de los problemas de las perturbaciones sociales y del cambio rápido, que se volvieron graves y se agudizaron precisamente en aquella época. El hombre comenzó entonces a preguntarse: ¿A qué metas socialmente benéficas sirve la inteligencia? Comte, Marx y Dewey, preocupados más tarde por estos mismos problemas, los problemas de una estrecha inteligencia analítica y de la necesidad de un cambio social, criticaron el egoísmo de los científicos que sólo buscaban las soluciones de los enigmas intelectuales, sin pensar en los beneficios y en el bien social. La pregunta social importante en tiempos de crisis es sencillamente ésta: ¿De qué debe sentirse orgullosa una persona? ¿De un viaje de descubrimiento que introduce plagas? ¿De un buque cargado de especias exóticas que sólo pueden comprar unas cuantas amas de casa? ¿Del descubrimiento de una nueva estrella que pone en actividad a la élite de la Real Academia? Pero este descubrimiento no disminuye el hambre en el campo y, aun peor, distrae la atención de los problemas domésticos e internacionales (exactamente